



## MI MAÑANA CON BORGES

21 de marzo de 1979, media mañana. Buenos Aires tibio y soleado. Calle Maipú.

En esos momentos, bajaba el ascensor. Aguardé junto a la puerta. Se abrió. Borges. Le acompañaba un hombre joven, de baja estatura y un tanto desaliñado; usaba gruesos anteojos. Sin decir palabra, salí rápidamente a la calle y, no bien llegaron a la puerta, le hice un ademán al acompañante de Borges, pidiéndole que se detuvieran. Entendió. Y, entonces, junto a la puerta, les tomé una fotografía, dos fotografías.

Ignorando qué pasaba, Borges intercambió unas palabras con el hombre de los anteojos gruesos, quien lo tranquilizó. Me acerqué, le entregué la cámara fotográfica al hombre de los anteojos, nos cambiamos de lugar. Todo transcurría en silencio. Borges permanecía inmóvil apoyado en su bastón. Lo tomé del brazo izquierdo con la mano derecha. Vestía traje azul claro, una camisa celeste y llevaba corbata a rayas azules. El hombre de los anteojos nos hizo tres fotografías. En la tercera, salimos conversando. ¿Por qué?

Porque mientras posábamos aproveché a decirle que venía de Montevideo para hacerle una entrevista para mi diario, ya que en pocos meses él cumpliría ochenta años.

—Qué gentiles que son los orientales...  
—murmuró, sonriendo.

Le pregunté cuándo podría verle y me respondió:

—Lo espero mañana, a las diez de la mañana.

El señor bajito de los lentes gruesos me devolvió la cámara de fotos.

—Mañana a las diez aquí estaré —dije, enfático.

—Muchas gracias —contestó Borges.

El hombre de los gruesos anteojos me miró, tomó nuevamente del brazo a Borges y cruzaron la calle. Desaparecieron en las penumbras de la galería. Seguramente iban, pensé, a la librería La Ciudad. Me di cuenta de que nadie los miraba; nadie había reparado en nosotros cuando nos sacamos las fotos; nada. Los transeúntes nos esquivaban, silenciosos, y seguían su camino. Qué raro, pensé. Me lo imaginaba de otra manera.

\*\*\*

A la mañana siguiente, a la hora indicada, toqué el timbre. El mismo señor bajito del día anterior mostró la cabeza por la puerta entreabierta. Tenía un bolígrafo en la boca. Se quitó el lápiz.

—¡Oh, es usted! —dijo.

Abrió apenas lo suficiente como para que pudiera entrar y cerró de inmediato, temeroso, como si estuviéramos protagonizando una novela policíaca. Qué sé yo.

—Buenos días —dije.

—Ssshhhh —hizo, con el índice tocándose los labios, y prosiguió hablando en voz baja:

—Estamos grabando en el dormitorio de Borges... Siéntese, ahora. Si llaman a la puerta, no abra. Si llaman por teléfono, responda que Borges no está. Cuando hagamos un intervalo, hará su trabajo. ¿De acuerdo?

No me dio tiempo siquiera a responder; giró sobre sí mismo y desapareció en medio del silencio.

Me di cuenta de que eran las diez y cinco de la mañana y llovía impiadosamente sobre Buenos Aires. A esto vine hasta aquí, pensé, resignado, y me dediqué a esperar. Pasé revista a la habitación. Un sofá de color verde. Un sillón de color verde (encima, un gato blanco). Un cuadro de Norah Borges y, el resto, libros. Una enorme biblioteca, impecablemente arreglada. Nada fuera de lugar. Los lomos parejos, la cantidad exacta en cada estante. Ninguno de esos libros estaba escrito en idioma español; tampoco había obras de Borges.

La habitación era de extrema sobriedad. Sobre la mesa, hacia la derecha, había una profusión de cámaras fotográficas, películas, una filmadora. Junto a la mesa, un trípode y un bolso con lentes diversos. Me senté en el sofá. A mi lado había una mesita circular con un libro de Kipling dedicado por un amigo.

\*\*\*

Media hora después apareció Borges. Se orientaba sin el bastón. «¿Su ceguera no sería también una ficción?», pensé. No estaría mal. Detrás de él, reapareció el hombre de los lentes gruesos acompañado por una mujer joven, delgada y alta, y, tras ellos, el camarógrafo, un joven desaliñado y barbudo, que se dirigió directamente a la mesa y comenzó a cambiar el rollo de la filmadora. La mujer ojeaba un libro.

Borges se sentó a mi lado y comenzó a hablar.

Le pregunté qué escritores del Uruguay recordaba y me habló de Emilio Oribe. Y luego de Pereda Valdés...

—Conozco a Pereda Valdés —le dije.

Rápidamente se puso a contar:

—Con Pereda y Petit de Murat fuimos una noche a los suburbios de Buenos Aires; entra-

mos en un lugar que estaba lleno de compadritos. Vimos un letrero que decía: «prohibido escupir en el techo». ¿Qué curioso, no?

Después, hilvanada con esa historia de compadritos, pasó a Montevideo y agregó:

—En el Cordón y en la Aguada eran bravos; había una especie de compadritos como acá. Pero no en Paso Molino, que era más tranquilo. Yo viví allí en una quinta de unos parientes míos, en lo de Pancho Haedo.

\*\*\*

—Señor Borges vamos a continuar con el poema *Heráclito* —dijo, interrumpiéndonos, la periodista de la BBC. Estaba de pie, a mi lado. Inesperadamente, Borges le dijo a *Miss Bumpus* (así supe que se llamaba) que yo leería el poema. Me negué a hacerlo; Borges insistió. Finalmente, el asunto fue zanjado por ella de la siguiente

manera: puso en mis manos el libro, que estaba abierto en la página donde figuraba el poema escogido y, con tono autoritario, me dijo:

—Cuando se encienda la luz roja, usted lee. Al terminar de hacerlo, se pone de pie y me deja su lugar. ¿Comprendido?

Comprendido. (Y así aparecí en la BBC). Naturalmente, decidí quedarme para completar mi reportaje. La lluvia seguía. *Miss Bumpus* muy astutamente fue acorralando a Borges, hablando de *Heráclito*, pero con su voz monótona Borges le dijo, de pronto:

—La verdad es que solo conocemos el borde de las cosas, como dice Milton, ¿no?

Poco después, un nuevo intervalo, y lo aproveché para pedirle a Borges una firma en el libro que traía conmigo. Se lo di. Borges lo acercó a sus ojos ciegos, lo palpó, le dio vuelta, lo sopesó; finalmente, me preguntó qué libro era.

—*Libro de prólogos con un prólogo.*

—Quizá sea bueno porque nunca pensé que sería un libro.

Le agradecí a Borges la nota, la firma en el libro. Cuando me dio la mano, me preguntó:

—¿Cuándo se marcha al Uruguay?

—Esta noche.

—Qué suerte que tiene; quiero mucho a la Banda Oriental... Saludos a la calle Buenos Aires.